

[Otra edición en: *Boletín de la Real Academia de la Historia* 184-3, 1987, 405-445 (recogido también en A. Blanco Freijeiro, *Opera minora selecta*, edición de J.M.^a Luzón – P. León, Sevilla 1996, 533-562). Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con cita de la paginación original].

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Las esculturas de Porcuna I. Estatuas de guerreros

Antonio Blanco Freijeiro

[-405→]

La aparición del importante conjunto arqueológico —esculturas en su mayor parte— del Cerrillo Blanco, de Porcuna, ofrece una multitud de novedades y plantea al mismo tiempo una infinidad de problemas ¹. Hacía tiempo que la escultura ibérica no mostraba aspectos tan nuevos, tan sorprendentes por inesperados: tipos humanos y animales —caballos, toros, leones, lobos, perros, liebres, grifos— muy distintos a los habituales, y algo aún más estupefaciente: tan próximos a lo griego, que a nadie hubiera sorprendido su aparición en tierras mucho más alejadas a Grecia o a sus colonias ².

Nuestra perplejidad no sería tan grande si el conjunto de Porcuna hubiera aparecido al norte de Sierra Morena, donde si no todos, gran parte de sus elementos arqueológicos —las armas y pertrechos de los guerreros, sobre [-405→406-] todo— parecerían más en su casa, o en la región del Sudeste, donde la escultura llamada ibero-focense parecía haber encontrado su principal terreno de cultivo. En contra de semejantes pronósticos, un rompecabezas de centenares de fragmentos de esculturas (los catalogados hasta ahora ascienden a 1.288), de un estilo muy característico y de una exquisitez que se puede calificar sin hipérbole de helénica, aparece en pleno valle del Alto Guadalquivir, y no precisamente al norte, sino al sur del que Menéndez Pelayo llamaba «el gran tartesio río».

Estos hallazgos, tan numerosos y tan henchidos de jonicismo por un lado y de iberismo por otro, han descompensado de tal manera la repartición de los restos del arte ibero-focense, que su centro de gravedad amenaza con desplazarse de Elche a Porcuna, afectando por igual a todas las manifestaciones de la cultura ibérica. En la más reciente exposición de sus ideas al respecto, afirmaba Antonio Tovar:

«Las formas culturales ibéricas toman sus rasgos definitivos en la región del Alto Guadalquivir, y se extienden, seguramente favorecidas para su expansión por su preexistente comunidad étnica y lingüística, de Sudeste a Nordeste... Es en la región entre la Sierra Morena y la Sierra Nevada, donde se dan las condiciones para la formación de una cultura, en un terreno

¹ J. A. González Navarrete: *Escultura ibérica del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*, Jaén, Instituto de Cultura de la Diputación Provincial, 1987. Agradecemos al Sr. González Navarrete las facilidades dadas, tras la publicación del catálogo, para hacer uso de sus datos e ilustraciones, así como de los dibujos con que ilustró el texto inédito de su tesis doctoral sobre el mismo tema.

² Los datos de las excavaciones en J. A. González Navarrete, O. Arteaga y C. Ungueti, «La necrópolis del Cerrillo Blanco y el poblado de Los Alcores (Porcuna, Jaén)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10, 1980, pp. 185-217. Avances sobre problemática, temas y filiación de las esculturas: A. García y Bellido, *Arte ibérico en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, pp. 73-78 (contribución de J. A. González Navarrete y A. Blanco Freijeiro); también de este último, *Historia del Arte Hispánico I*, 2, *La Antigüedad*, 2. Madrid, Alhambra, 1981, pp. 43-46; J. M. Blázquez, J. González Navarrete, «The Phokaiian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *American Journal of Archaeology* 89, 1985, pp. 61-69.

relativamente protegido contra las invasiones indoeuropeas y la presión de las colonizaciones. Allí, sobre la larga tradición cultural de la región de Almería, vienen a confluir influencias tartesias»³.

LA PORCUNA ANTIGUA

La villa actual perpetúa hasta en su nombre a la antigua ciudad de *Obulco*, cognominada por los romanos *Municipium Pontificiense*, en virtud —creía Schulten— de una cierta primacía religiosa sobre los pueblos vecinos⁴. En las monedas numerosísimas que emitió, Obulco estampa, además de ese su nombre romano, otro equivalente al mismo, pero en alfabeto indígena: *Ipolca*, el autóctono, compuesto de *ip-* como los de *Ipsca*, *Ip-onuba*, *Ip-tucci*, y de *oleca*, que recuerda al étnico de los *olcades*, un pueblo de esta zona al que Aníbal sometió^{4 bis}. [-406→407-]



Fig. 1. — Situación de Porcuna en la Península ibérica.

Antes del hallazgo de las nuevas esculturas de Porcuna, creía Tovar que *olca* era la palabra céltica que significa «cercado»⁵. Después dejó de hacer hincapié en ese elemento para inclinarse más hacia el iberismo de Obulco, aunque sólo fuese basándose en componentes lingüísticos extraídos de los nombres de tres o cuatro magistrados mencionados en sus monedas, pues éstas, dice, «nos dan *dudui* como Liria, *iltir* como Cástulo, Alcoy, Liria, Gabanes, Barcelona, Ullastret, los indigetes, Lérida y Cogul; monedas de esta misma ceca ofrecen *iscer*, que aparece en Cástulo, Alcoy, Liria, Sinarcas, Sagunto, Tarragona, Azaila»⁶. [-407→408-]

³ A. Tovar: «Estado actual de los estudios ibéricos». *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*, Valencia, 1984, p. 55.

⁴ Schulten en P-W, 17, col. 1571, s.v. «Obulco». La comparación de este nombre con los itálicos *Obulca* y *Obulsius* ayuda a explicar la forma adoptada por aquél cuando la forma autóctona seguía siendo *Ipolka*, pero no significa que exista entre ellos otra relación.

^{4 bis} Se ignora la situación exacta del territorio de los olcades y de la capital —Altía según Polibio, Cartala según Livio—, de quienes no se vuelve a hablar después de la Guerra de Aníbal. Consta que eran vecinos de los oretanos. Aníbal los sometió inmediatamente antes de su campaña contra los vacceos, y reclinó entre ellos a uno de los contingentes de tropas que envió a Cartago en vísperas de emprender la marcha hacia Italia. Cf. Polib. *Hist.* III, 13,5; 14,3 y 33,9 «Las tropas que pasaron a África fueron proporcionadas por los tersitas, mastianos, oretanos, iberos, olcades, en número total de todos estos pueblos de mil doscientos jinetes y trece mil ochocientos cincuenta peones, además de ciento setenta baleáricos...».

⁵ A. Tovar: *Iberische Landeskunde, 2ter Teil, I. Baetica*, Baden-Baden, V. Koerner, 1974, p. 105.

⁶ A. Tovar: Op. cit. en nota 3, p. 54.

Muy distinta era la opinión de otro gran lingüista, prematuramente desaparecido, U. Schmoll, quien considerando a los obulconenses como más afines a los tartesios que a los iberos, atribuía los nombres de los posibles magistrados ibéricos de Obulco —y recordemos que todas las voces en cursiva aducidas en el texto de Tovar acabado de citar se encuentran formando parte de nombres de personas ⁷— a una más reciente ocupación, por los iberos, de territorios no ibéricos:

«Los nombres de personas de las monedas de Obulco no revelan absolutamente nada sobre la lengua de Obulco; y a base de un par de nombres de magistrados ibéricos, no tenemos motivo justificado para asignar Obulco a los dominios de la lengua ibérica. Es sabido que una serie de otros nombres obulconenses son todo menos ibéricos, y su escritura muestra ciertas relaciones con el Suroeste (reduplicación de vocal en *sikaai*; lo mismo en *ka(a)nkinaí* de Abra (ceca próxima a Obulco)» ⁸.

Algo contribuye a dar razón a Schmoll el hecho de que Ptolomeo (siglo II d. C.) incluya a Obulco en su relación de las ciudades túrdulas de la Alta Andalucía ⁹. Esto quiere decir que sus habitantes pertenecían a una de las grandes etnias pobladoras de la Bética y dominantes en zonas enteras de la misma, como la costa de Cádiz y la mitad oriental de la Beturia, es decir, de la ancha franja de tierra comprendida entre los cursos altos del Guadalquivir y del Guadiana. La otra mitad de ésta, la occidental, la poblaban los celtas del *Conventus Hispalensis* ^{9bis}.

Tenemos, pues, en Andalucía, y en parte de Badajoz, tres áreas con establecimientos túrdulos: una en la costa de Cádiz, otra en el Alto Guadalquivir, en la que Ptolomeo incluye a la ciudad de Córdoba, y una tercera al norte de Sierra Morena, donde se encontraban *Mellaría* (Fuenteovejuna), *Regina* (Reina), *Mirobriga* (Capilla) y otros *oppida non ignobilia*, dependientes, como los anteriores, de la jurisdicción de Córdoba ¹⁰.

Los túrdulos de esta tercera área se habían visto envueltos, con sus vecinos los celtas, en una peripecia que a los antiguos les gustaba recordar a [-408→409-] propósito del río Limia, y que Estrabón (III, 3,5) refiere de esta guisa: «Los últimos son los ártabros, que habitan en torno al cabo Nerion (cabo Touriñán en La Coruña), donde está el límite entre el oeste y el norte. Viven a su alrededor los célticos, parientes de los del Guadiana. Hallándose éstos y los túrdulos en una expedición guerrera en estos parajes, se entabló entre ellos una disputa después de vadear el río Limia. De resultas de la reyerta se produjo la muerte de su jefe, por lo que ellos se quedaron dispersos por allí mismo. De ahí que al río se le llama Lethes (Olvido)».

En esos celtas se ha querido ver a los antepasados de los célticos gallegos, los nerios, prestamarcos y supertamarcos, habitantes, los primeros, de la zona del cabo Touriñán; los segundos, de la del norte del Tambre, y los terceros, de la península de la Barbanza, entre las rías de Noya y de Arosa. En cuanto a los túrdulos, se les atribuye el mismo papel en relación con los *Turduli veteres* del sur del Duero ¹¹. El calificativo de *veteres*, sin embargo, como en el notorio caso de *Falerii Veteres*, parece más bien indicar que estos túrdulos eran un tronco, no una rama desgajada, y entonces cabría considerarlos antepasados, más que vástagos, de los túrdulos de la Beturia.

⁷ El facsímil completo de esta nómina en M. Gómez-Moreno: «La escritura bástulo turdetana» t.a. de *RABM*, 1962, p. 63, en la que hay que corregir las transcripciones defectuosas, como hace Tovar en su cita.

⁸ U. Schmoll: «Zur Entzifferung der südhispanischen Schrift», *MM* 3-1962, p. 100.

⁹ Ptol. *Geogr.* II, 4,10.

^{9bis} L. García Iglesias: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua», *AEspA* 44, 1971, pp. 86 y ss.

¹⁰ Plin. III, 13-14.

¹¹ Mela 111,8; Plin. IV, 112.

Pero de todos modos, quede constancia de una posibilidad, que las esculturas de Porcuna avalan antes que contradicen: la de que los túrdulos fuesen indoeuropeos hispánicos establecidos inicialmente en Tartessos como mercenarios de sus huéspedes, del mismo modo que lo hicieron los celtas. Tal vez adoptaron la lengua tartésica y después la latina, ya que Plinio no dice de ellos que se les distinguiese por su idioma, como se distinguía a los celtas ¹². El hecho de que una de las ciudades de la Beturia túrdula lleve un nombre en —*briga* (*Mirobriga*) tal vez no signifique nada, pues el sufijo seguía activo en plena época romana imperial, pero tampoco desentona.

A no ser, pues, por Ptolomeo, no podríamos afirmar que Obulco era *una polis* de los túrdulos. Realmente este patronímico, como el de turdetano, bastetano, mastieno y todos los étnicos en general, si bien muy [-409→410-] empleados por geógrafos e historiadores, no se encuentran en las inscripciones, más dadas a emplear los términos oficiales de las zonas romanizadas. Algún ciudadano de Obulco que conocemos por inscripciones nos dirá que es *Obulconensis*, pero en ningún caso *Turdulus*. De hecho el único ejemplo que conocemos de que alguien se declare «túrdulo» es el de una *Pompeia Cloutiane Turdula*, cuya lápida se conserva en el Museo de Mérida ¹³. Sabemos, por Estrabón, que Mérida fue fundada por los romanos «entre los túrdulos», de modo que esta *Pompeia Cloutiane Turdula*, con su *nomen* romano, reminiscente de los Pompeyos, y por lo mismo probable cliente de la familia, su cognomen indígena indoeuropeo, y su *origo* túrdula, reúne todos los requisitos para haber sido testigo de la incipiente romanización de la zona a la que pertenecía.

Queda así Ptolomeo como fuente única de información, digna ciertamente de crédito, para la filiación túrdula de Obulco y de otras ciudades de la Alta Andalucía, entre ellas dos capitales actuales de provincia, Córdoba y Granada.

La Obulco antigua debió de ocupar el mismo emplazamiento que el de la ciudad de Porcuna, esto es, la extensa mesa de La Calderona (fig. 2, n.º 1) y parte de los Alcores contiguos (fig. 2, n.º 2), una posición encumbrada sobre los cerros y vaguadas de sus alrededores. Las excavaciones efectuadas en Los Alcores desde 1978 han localizado un yacimiento que, según sus excavadores, ofrece una secuencia estratigráfica que desde la época ibérica se remonta a la Edad de Cobre. El caserío de la Porcuna actual, situado en sus inmediaciones y salpicado de vestigios monumentales, se alzaría sobre el solar de la ciudad romana y posterior ¹⁴.

La comarca poseía y posee una gran riqueza agrícola, de que parecen exponentes principales la espiga, el yugo y el arado de sus monedas de cobre; la cabeza de una diosa acompañada del creciente lunar, la de un mancebo con peinado de tirabuzones y los habituales caballos, toros, jabalíes y, tal vez como alusión legionaria, las águilas de alas explayadas ¹⁵.

¹² Plin III, 13: *Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis*. A propósito de *sacris*, no es de extrañar que las únicas efigies de dioses halladas en Riotinto, sean dos cabezas con cuernos de toro, comparadas hace tiempo por mí con el Vestio Aloniego del Museo de Pontevedra y claramente asignables a los celtas de esta comarca (A. Blanco, «Antigüedades de Riotinto», *Zephyrus* XIII, 1962, pp. 39 y ss.). El aspecto bárbaro de estas divinidades seguramente indujo a don Mariano del Amo, presbítero y egregio director del Museo de Huelva, a no aceptarlas como donativo cuando se le ofrecieron para el centro.

¹³ *CIL*, II, 523; *ILER* 3224.

¹⁴ Navarrete, Arteaga, Ungueti: Op. cit. en nota 2.

¹⁵ A. Vives: *MH*, lám. XCIV y ss.; A. M. de Guadán, *Numismática ibérica a ibero-romana*, Madrid, 1969, pp. 8 y ss.; pp. 51 y ss.; pp. 179 y ss.

Pero tanto como a este aspecto productor de su economía, la preeminencia de Obulco se debió a su posición fuerte en el terreno y en la red de las comunicaciones antiguas. La Vía Heráclea, cuyo origen mítico se [-410→411-] remontaba a los viajes de Hércules, más tarde llamada Vía Exterior, pasaba por sus dominios, a la vera de un cerro próximo que todavía hoy lleva el expresivo nombre de Albalate y encierra, según los excavadores, restos arqueológicos de consideración (fig. 2, n.º 3).

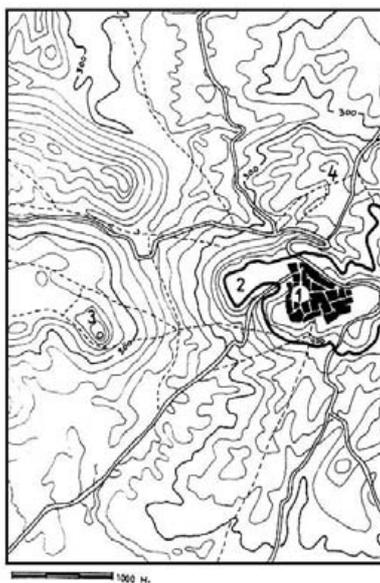


Fig. 2.— Yacimientos arqueológicos de Porcuna y alrededores: 1) Porcuna ciudad. 2) Los Alcores. 3) Albalate. 4) Cerrillo Blanco.

Y por tanto, no ha de ser casualidad que las referencias históricas que la Antigüedad nos trasmite de Obulco guarden relación con esa Vía Exterior, la que, como decía Estrabón, iba «de Italia a Iberia, concretamente a la Bética», y en su último trecho pasaba «como la antigua vía, por Cástulo y Obulco, para seguir de allí rumbo a Córdoba y a Cádiz, que son los mayores centros comerciales. Obulco dista de Córdoba unos trescientos estadios. Dicen los historiadores que César tardó en llegar de Roma a Obulco, donde estaba su ejército, veintisiete días, cuando llegó el momento de acometer la acción de Munda»¹⁶. Con la brevedad característica de los antiguos, estas poquísimas líneas dejan constancia de la base económica de Obulco y de la mayor de sus efemérides. [-411→412-]

EL CERRILLO BLANCO

Las curvas de nivel de la figura 2 señalan el relieve de los alrededores de Porcuna. Una de ellas, la n.º 4, corresponde al yacimiento de donde proceden las esculturas objeto de este discurso.

El montículo debe su nombre a su color blanco, propio de las margas de su suelo, y señala el punto más elevado de las lomas del norte de Porcuna, a poco más de un kilómetro de la población.

Las excavaciones han revelado que el cerro fue utilizado como lugar de enterramiento desde principios de la Edad de Hierro, probablemente por los habitantes del poblado de Los Alcores (fig. 2, n.º 2), o al menos por algunos de ellos. En un espacio tal

¹⁶ Estrabón: III, 4,10.

vez acotado por una cerca de piedras de planta circular, estaban enterradas, en sus correspondientes fosas, 24 personas — hombres, mujeres y niños—, todas ellas de un mismo nivel social a juzgar por la uniformidad de sus sepulturas: esqueletos acostados con las piernas encogidas y con algunos objetos que delataban una posición acomodada: varias hebillas de cinturón con garfios, una fíbula de doble resorte, otra que se describe como «del Acebuchal», un peine de marfil como los de Carmona... A las tumbas descubiertas por Bonsor en Carmona y sus alrededores es a lo que más recuerda este cementerio. Si algún día estuvieron señalizadas estas sepulturas, sería a lo sumo por una piedra hincada sobre ellas. Sorprende un poco la falta completa de incineraciones, que en Carmona alternan con las inhumaciones. Llama la atención también que una de las tumbas (fig. 3) situada al sudeste de las demás, sea una cámara circular con piedras en el piso, losas pesadas en las paredes, pie derecho rectangular en el centro y losas aun mayores en el techo. Sin ser muy grande, pues apenas llega a los dos metros de diámetro, esta tumba tiene mayor prestancia que las otras, sin que sepamos por qué. Los esqueletos de sus ocupantes, por excepción dos, no tenían ajuar ni otro signo de distinción. Todos los hallazgos de este recoleto cementerio indican que dejó de ser utilizado al término del siglo VII a. C.

Su semejanza con el mundo funerario de Carmona y la presencia de un peine de marfil grabado, con una cierva por un lado y un grifo por otro, son indicios de que Obulco se abre en el siglo VII a la penetración de la cultura tartésica, y a través de ella se incorpora al ámbito comunal del Guadalquivir. Era lógico que así fuese, sabida la expansión de Tartessos hasta el cabo de La Nao o quizá la desembocadura del Júcar, donde el periplo-base [-412→413-]

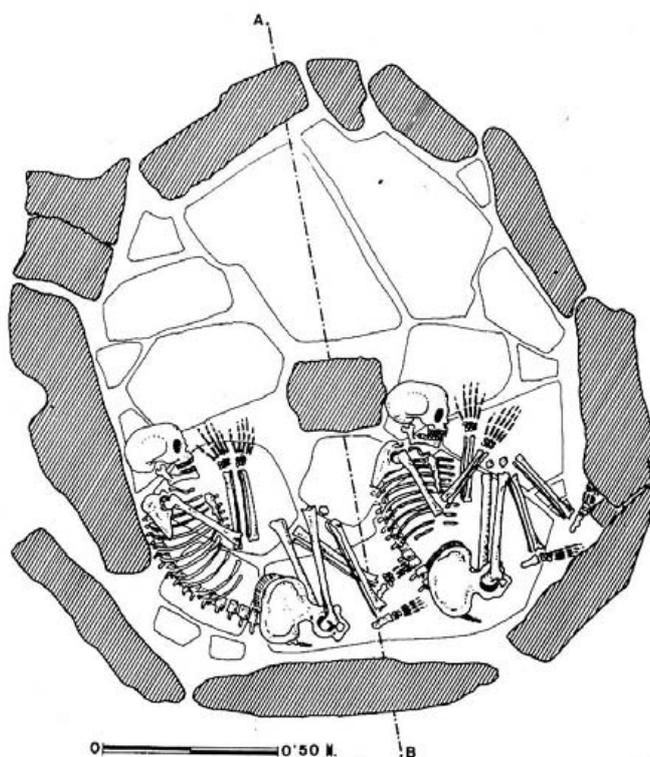


Fig. 3.— Sepulcro de cámara, circular, con pilar central, conteniendo dos esqueletos, en el Cerrillo Blanco de Porcuna. Junto a estas fueron enterradas, en la misma época (siglo VII a. C.), otras 22 personas.

de la *Ora Marítima* le permitirá a Avieno señalar: *hic terminus quondam stetit Tartesiorum* («aquí fue antaño la frontera de los tartesios»).

«Quizá el piloto —discurre Antonio Tovar— encontró en la costa de Murcia y Alicante tantos elementos coloniales griegos y fenicios, que sólo al llegar al cabo de La Nao creyó encontrar verdaderos iberos»¹⁷. [-413→414-]

El siglo VI a. C. pasa por el Cerrillo Blanco de Porcuna sin dejar rastro, y lo mismo el V hasta sus postrimerías. Entonces, sí, se realiza en él una obra por demás extraña: una zanja de norte a sur en el flanco norte del cerro, en la que se depositan cuidadosamente, cubriéndolas de grandes losas de arenisca, muchas esculturas hechas pedazos. No se ha visto, al exhumarlas, indicio alguno de que las esculturas hubiesen sido labradas allí, ni instaladas allí cuando estaban en buen estado, sino que fueron trasladadas en el estado en que aparecieron, trasladadas y enterradas, «igual que si de muertos se tratara»¹⁸. Algunos fragmentos, removidos por excavadores antiguos de nuevas tumbas, se dispersaron por la zona o fueron aprovechados para la construcción de otras tumbas, pero a menudo se les distingue de los que se mantuvieron in situ, porque éstos, sí bien rotos, no están erosionados, y aquéllos sí.

Las excavaciones actuales han puesto de manifiesto que durante los siglos IV a III a. C. el «cerrillo» volvió a su antiguo cometido, sirviendo de necrópolis de incineración. Numerosos fragmentos de cerámica ática del siglo IV han permitido afirmar, con entera seguridad, que el sepelio de las esculturas rotas tuvo lugar a finales del siglo V o principios del IV a. C.; en números redondos, hacia 400 a. C.

LAS ESCULTURAS

Todas ellas han sido labradas en la misma piedra, una arenisca fina, de las canteras de Santiago de Calatrava, localidad situada al sur de Porcuna y a no mucha distancia de su mismo río, el Salado, uno de los afluentes salinos de la margen izquierda del Guadalquivir (otro es el Guadajoz, el *Salsum* del *Bellum Hispaniense*). De ello el nombre de «piedra de Santiago» con que se la conoce. Es piedra blanda y frágil cuando sale húmeda de la cantera, y por lo mismo, fácil de labrar.

La mayor parte de las esculturas son estatuas de bulto, pero también hay, por lo menos, dos altorrelieves, o por mejor decir, medios altorrelieves, en cuya parte superior la figura queda exenta y el fondo interrumpido.

De las medidas que aporta el Dr. Navarrete en su catálogo¹⁹, se deduce que los tamaños de las figuras difieren tanto, que aunque éstas [-414→415-] perteneciesen a un mismo monumento y fuesen contemporáneas unas de otras, no formaban unidad, sino grupos o individualidades. Así lo confirma, sin necesidad de metro, la visión de las figuras al natural.

Cabría por tanto, formar unos grupos de acuerdo con sus tamaños, que nos darían:

1.º Figuras de tamaño natural, o un poco mayor (la cabeza con casco, n.º 1, la n.º 2, la n.º 4, y los torsos de guerreros, n.º 9, n.º 10 y n.º 14; el grifo n.º 26).

2.º Figuras de aproximadamente dos tercios del natural, entre las que hombres y mujeres miden de 1,20 a 1,30 m. de altura. Aquí incluiríamos varios guerreros con sus armas y pertrechos, en lucha unos con otros (n.º 15, 16, 17 y 18); el hombre en lucha con un grifo (n.º 25); la estatua del novillo, aunque se aproxime más al tamaño natural

¹⁷ Tovar: Op. cit. en nota 3, p. 56.

¹⁸ Navarrete, Arteaga, Ungueti: Op. cit., p. 198.

¹⁹ Op. cit. en nota 1. Los números a que hacemos referencia son los de dicho catálogo.

(n.º 35); la del caballo (n.º 34) y demás fragmentos de luchas; finalmente, los dos o tres relieves ya mencionados.

LA CABEZA GATEADA N.º 1

Los restos de cabezas humanas escasean tanto en estas esculturas de Porcuna, pues no llegan a la docena los trozos reconocibles como tales, que el Dr. González Navarrete ha llegado a sospechar que los culpables de su destrucción se ensañasen particularmente con las cabezas de sus «enemigos», como los cristianos hicieron —añadiríamos nosotros— con las de tantos dioses y diosas del paganismo, empezando por las metopas y frontones del Partenón.

Por excepción, pues, la cabeza n.º 1 (figs. 4 y 5) conserva el rostro completo, a falta sólo de la punta de la nariz y de insignificantes esquiras en la barbilla y pómulos: un rostro cuadrado, juvenil, de expresión serena y noble, hermoso y bien proporcionado. Más difícil de precisar es su género. Una cierta dureza en sus facciones y la falta absoluta de bucles del cabello, que los escultores antiguos de la categoría de éste no solían omitir por mucho casco que llevasen las Amazonas, Minervas u otras cualesquiera figuras galeadas, nos predispone hacia un varón, pero sin que pongamos la mano en el fuego en el dictamen.

El, o la joven, tiene ojo rasgados, es decir, anchos y poco abiertos, con el rabo alargado y el globo saliente, más quizá por el prestigio del arcaísmo [-415→416-]

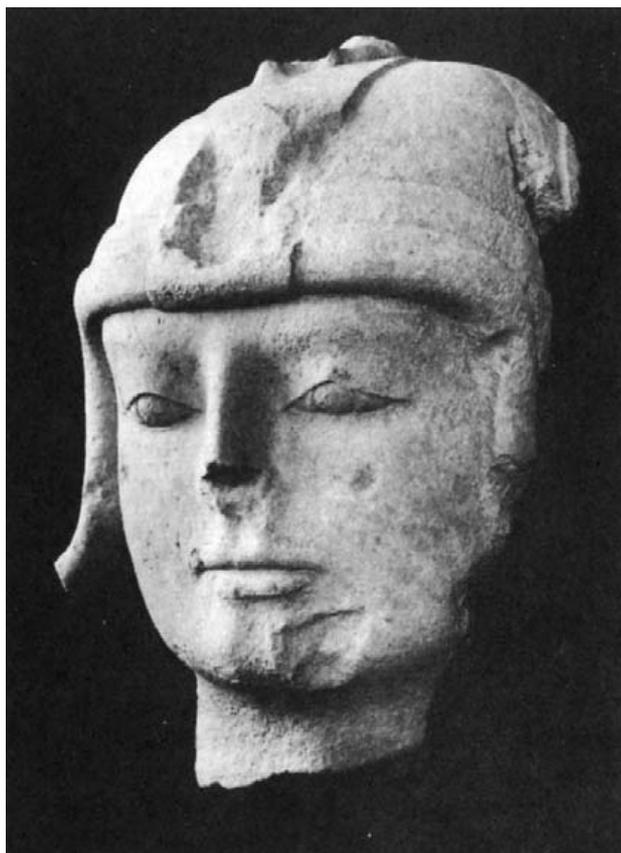


Fig. 4.— Cabeza galeada n.º 1, de Porcuna.

que por impulso natural, que el mismo escultor no sentirá a la hora de hacer, por ejemplo, los ojos de los animales: párpados finos, con bordes sin deslindar mediante un surco; no es así el contorno del iris, que está bien delimitado por un trazo inciso; los arcos superciliares, apenas indicados mediante modelado, evitando las aristas, lo mismo que el lomo de la nariz. La boca, cerrada con suavidad, está como los ojos, delicadamente perfilada.

El resultado de todo ello es un rostro jonizante, no tan arcaico como el de la cabeza femenina del Museo de Barcelona ²⁰. [-416→417-]



Fig. 5.— Perfil derecho de la misma.

En este realce de la boca los escultores de Porcuna parecen haber hecho especial hincapié. Así lo manifiesta de modo palpable lo poco y malparado que sobrevive de otra cabeza de distinto maestro, pero de la misma tanda de figuras mayores, la n.º 4 (fig. 8), un resto de cabeza, de aspecto mucho más femenino que la n.º 1, y que parece haber llevado una tiara con una ancha corona en resalte. Lo asombroso de esta cabeza es lo que subsiste de su boca, una boca que delata a un artista que domina a la perfección lo que se está haciendo en las cumbres de la escultura griega, y que en esta cabeza muestra cómo se hacían en cobre los labios de las estatuas de bronce en la Grecia de mediados del siglo V ²¹. El resultado está a la vista, una boca que [-417→418-] tanto por su forma como por el particular relieve de los labios nos está recordando a los guerreros de Riace (fig. 9).

²⁰ A. García y Bellido: *Ars Hispaniae* I, fig. 209.

²¹ E. Langlotz: *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung der Küsten des Mittelmeeres durch die Stadt Phokaia*, Köln-Opladen 1966; idem, *Studien zur Nordostgriechischen Kunst*, Mainz, 1975, Taf. 30,3-4; 37,1 y 2.

Volviendo a la cabeza n.º 1, no menos interesante que su faz es su extraño tocado, una especie de mitra, con refuerzos de aspecto metálico, entre ellos dos protuberancias acaracoladas, una a cada lado, con profundos alvéolos en que alojar apéndices de forma desconocida, pero lo bastante grandes para requerir piezas aparte: tal vez cuernos o penachos²². Si a esto se añadía, como propone González Navarrete, un animal acostado en lo alto del carril del penacho y un prótomo de otro en la parte delantera del mismo, que haría el papel del espolón (*Sporn* en alemán) en un casco jónico²³ tendríamos un yelmo tan aparatoso como el de la Atenea Parthenos, o como los de los galos de un pasaje de Diodoro que no estará de más recordar aquí: «Usan cascos de bronce con grandes figuras en relieve, que hacen parecer de gran tamaño a quienes los llevan, pues en algunos casos, sueldan al casco cuernos que simulan formar cuerpo con él; y en otros, representaciones de prótomos de aves y de cuadrúpedos»²⁴.

Dados sus gruesos rebordes y el giro hacia fuera que éstos insinúan al caer sobre la mandíbula, se diría que el casco era flexible y por consiguiente de cuero, fibra u otro material orgánico (Estrabón, loc. cit. en nota 22, habla también de *neurínois kránesi*, «cascos de nervios», usados por los lusitanos). Estos rebordes reforzados excusarían la falta de carrilleras. Es posible que fueran bastante largos en sus cabos, y que éstos pudieran echarse sobre los hombros, lo que explicaría el giro que toma este extremo del cubrecabeza.

La pérdida de toda la parte posterior de la pieza nos impide ver el casco por detrás, de modo que no sabemos si la caracola de sus protuberancias laterales enlazaba con el carril del penacho, como parece ocurrir en los otros dos cascos existentes (n.º 2 y 3). Lo único seguro es que el modelo no era el mismo, pues el resalte que tienen aquí estas protuberancias, hasta parecer auriculares, no existe en los otros dos, pese a tener también éstos la ranura con su marco y sus orificios para el pasador, donde ajustar los perdidos apéndices. [-418→419-]

El fragmento n.º 2 (fig. 6) tiene un guardanuca resaltado que González Navarrete cree «de la piel del casco, vuelta y cosida» y presenta hoy un orificio que parece una coquera natural. El refuerzo del casco adopta una forma de voluta, interrumpida por la cavidad del apéndice lateral. Un casco muy semejante se halla en el fragmento n.º 3 (fig. 7), que si procediese de un relieve, denunciaría la existencia de una «arqueología» común entre estatuas y relieves (algo así como las dos series de gálatas, grandes y pequeños, que legaron a la posteridad los Atálidas), y aporta como novedad interesantísima un alambicado penacho, o una cresta metálica, como la descubierta por Cuadrado en una tumba del Cigarralejo²⁵.

²² Estrabón, III, 3,6, habla de cascos de tres cimbras que llevaban «unos pocos» entre los lusitanos; pero aquí, claro está, no tenemos la seguridad de hallarnos entre lusitanos.

²³ K. H. Edrich: *Der ionische Helm*, Diss. Göttingen, 1969, pp. 3 y ss.

²⁴ Diod: V, 30,2. Sobre los celtiberos, el mismo autor —V, 33,3— dice «cubren sus cabezas con cascos de bronce adornados con cimbras de púrpura».

²⁵ E. Cuadrado: En *Madridrer Mitteilungen* 8, 1968, pp. 174 y ss. fig. 21.



Fig. 6.— Cabeza de guerrero con casco, n.º 2 de Porcuna. Parte de una estatua a la que también perteneció el torso n.º 9 (figs. 12 y 13). [-419→420-]



Fig. 7.— Fragmento n.º 3. Casco de guerrero con cimera, de Porcuna.

Mirando al exterior, estos cascos parecen una versión sui generis del casco jónico, que a juzgar por las cabezas galeadas de las monedas de Jonia, asumió una variedad de formas mucho mayor que la de los escasísimos restos de posibles ejemplares supervivientes²⁶. Las monedas de Focea son especialmente interesantes, no sólo por los muchos cascos con volutas que hay en ellas, sino porque alguna, aún sin ese detalle, ofrece

²⁶ E. Langlotz: *Sutdien zur Nordostgriechischen Kunst*, láms. 2-5.

una cabeza mitrada que recuerda mucho al casco de nuestro número 1. Por eso atribuíamos a los focenses también la introducción de estos aparatosos cascos en nuestros medios indígenas, cascos dignos de parangón con el de un fragmento [-420→421-] de estatua del Heraion de Samos (fig.10), que como aventura Frayer-Schauenburg, pudiera ser ofrenda y efigie del mismísimo Polícrates ²⁷.



Fig. 8.— Fragmento n.º 4 de Porcuna. Cabeza femenina (?). Compárense sus labios con los de la estatua de la figura siguiente.

Pudiera parecer raro que habiéndose excavado en Iberia, Celtiberia y Lusitania tantas tumbas de guerreros, sean tan escasos los yelmos de metal. De uno, mal conservado, de una tumba de Aguilar de Anguita (Guadalajara) no queda más que un dibujo esquemático, en el que el tipo parece más [-421→422-] griego que otros, como los dos de Alpanseque ²⁸. Esta escasez tal vez no sea debida al azar, sino a que los celtíberos prefiriesen transmitir sus preciadas armas de bronce a sus amigos y parientes antes que arrojarlas a la pira funeraria. Igual rareza se observa entre los cascos jónicos. Cuando Kukahn escribió su trabajo de pionero sobre los cascos griegos, decía sobre los jónicos: «Faltan originales y también representaciones de su primera época. Sólo conocemos este casco por sus reproducciones en ungüentarios. Se conserva gran número de ellos de los siglos VII y VI» ²⁹. Años después escribiría un artículo sobre el jinete de la Bastida de Mogente (fig. 11), cuyo casco de tremolante penacho hubo de llamarle la atención:

²⁷ B. Freyer-Schauenburg, *Samos XI. Bildwerke der archaischen Zeit und des Strengen Stils*, Bonn, 1974, pp. 158 y ss., láms. 65-67. El casco del guerrero de Samos difiere en ciertos detalles del de los vasos plásticos, considerado como standard del jónico (E. Kukahn, *Der griechische Helm*, Marburg-Lahn, 1936, pp. 19 y ss.; 43 y ss.; K. H. Edrich: Op. cit. en nota 23). El cubrecuna no está netamente separado del casquete, le falta el espolón vertical sobre la frente; el reborde de la frente no es horizontal, sino que contornea los ojos, pero mantiene, como rasgos propios del jónico, la forma alargada, la ausencia del cubrenariz, las carrilleras independientes del resto del yelmo. Lo más interesante para cotejar con Porcuna son las dos espirales como bandas en relieve sobre los temporales, demasiada coincidencia para considerarla casual. El guerrero de Samos se fecha en el decenio 530-520 a. C.

²⁸ W. Schüle: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1969, pp. 116 y ss. Taf. 3,27 (Aguilar), 25 y 29 (Alpanseque).

²⁹ Kukahn: Op. cit. en nota 27, p. 19.

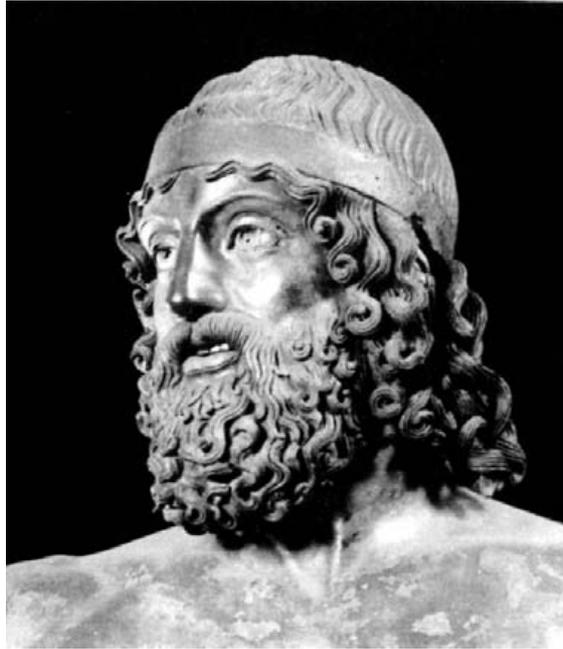


Fig. 9.— Cabeza de un guerrero de Riace. Museo de Reggio Calabria.

«Dejando libre la mirada —escribe— el caballero lleva un casco de rebordes reforzados, que le protege la cabeza hasta el cuello, coronado por un penacho a modo de [-422→423-] cimera, tocando el casquete y el reborde posterior, sostenido por ancho soporte», al tiempo que aduce los oportunos paralelos griegos, de las islas jónicas y del continente ³⁰. El tipo de Mogente está muy próximo a estos ejemplos obulconenses, aunque ni él ni los demás bronce ibéricos resuelvan el problema de los elementos laterales perdidos en los tres ejemplares acabados de aparecer.

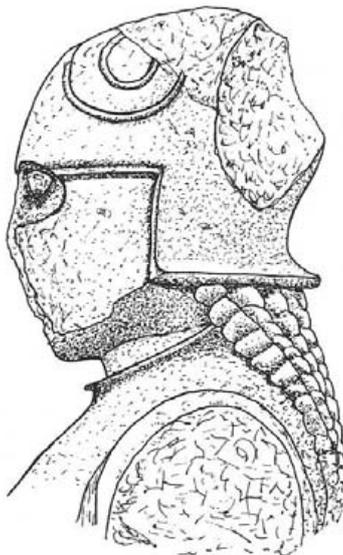


Fig. 10. — Pormenor de la estatua de un guerrero del Heraion de Samos.

³⁰ E. Kukahn, en *Archivo Preh. Levantina*, V, 1954, pp. 147 y ss.

Dada, sin embargo, la posición de sus asientos, parece sumamente probable que con ellos haya llegado a nosotros el primer ejemplo tangible de las *trilophíai*, los cascos de tres cimbras de que Estrabón (III, 3, 6) tuvo noticia como cosa de los lusitanos.

Uno de los fragmentos de que hasta aquí hemos tratado —el n.º 2— puede enlazarse con otros cinco que componen buena parte del torso que le corresponde —el n.º 9— con parte de sus armas y pertrechos. La unión está [-423→424-] comprobada, pero resulta difícil hacerla de modo estable, por lo que habrá de esperar a una restauración definitiva (figs. 12 y 13).



Fig. 11.— Estatuilla de bronce del llamado *Guerrero de Moixent*. Valencia, Museo del S.I.P.

La parte conservada del torso comprende lo bastante del cuello para unirlo con la cabeza, gran parte del tórax, menos de la cintura y algo más de la mitad del brazo izquierdo, del hombro para abajo. El bíceps de este brazo aparece ceñido por un ancho brazalete de cinco aros resaltados, y seguramente tenía su pareja en el otro brazo. El torso lleva un coselete y sobre él un juego de faleras, con su peto, espaldas y hombreras, unidas mediante anchas correas; también restos de la vaina de una espada, pendiente de un tahalí en bandolera. Un ancho cinturón ciñe el talle del guerrero, sobre el que parece haber caído la punta del penacho del yelmo. En su parte delantera [-424→425-] asoma la pieza negativa de un broche de cinturón rectangular, mostrando claramente una de sus ventanas.

INDUMENTARIA Y ARMAMENTO DE LOS GUERREROS

Todas estas esculturas son varios siglos más antiguas que las fuentes literarias que nos informan de la indumentaria y las armas de los iberos, y por ello constituyen una fuente magnífica de información para completar o criticar dichas fuentes, y lo mismo las reconstrucciones o interpretaciones de los testimonios arqueológicos. Varias de las armas

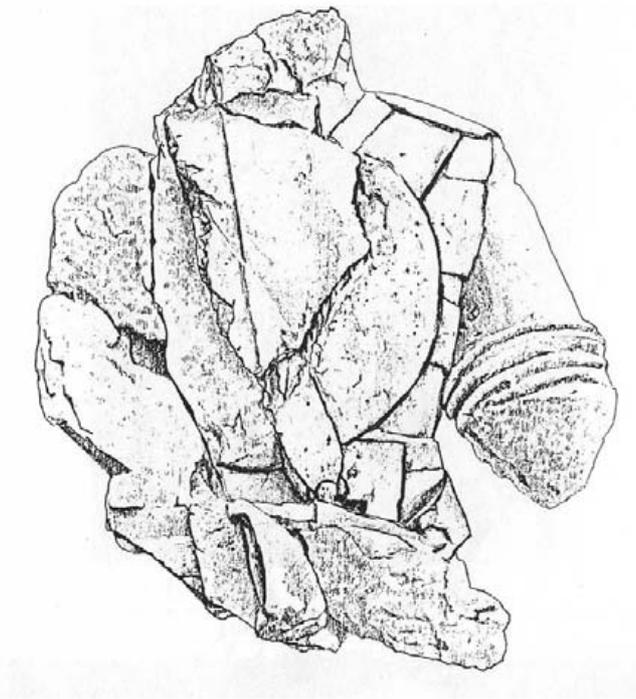


Fig. 12.— Torso n.º 9, al que corresponde el casco n.º 2 (fig. 6). Obsérvese el broche de cinturón con ventana.

representadas en Porcuna lo son por vez primera, por ejemplo las espadas de frontón, y otras, como la *castra*, lo están con mucho más detalle que todo lo hasta ahora disponible. [-425→426-]



Fig. 13.— El mismo torso n.º 9, visto de espaldas.

La túnica corta era la prenda de vestir más típica del ibero. Cuando Nicolini dice de ella *il semble s'agir d'un véritable vêtement national* está repitiendo, de un modo más dubitativo, lo que Polibio decía de los iberos en la batalla de Cannas, de los iberos vestidos «al uso de su patria» (*katà tà patria*), «con chitoniskos de lino ribeteados de púrpura» (*linoís periporphýrois chitonískois*)³¹.

La túnica en cuestión tiene un escote en ángulo recto por el pecho y otro por la espalda, manga corta y faldellín terminado en punta por delante y por detrás, un poco más abajo de la entrepierna. De la cintura para abajo [-426→427-]



Fig. 14.— Guerrero herido de muerte, n.º 8 de Porcuna, con espada de antenas atrofiadas.



Fig. 15.— El mismo, visto de espaldas, mostrando la punia de la lanza que lo traspasa. [-427→428-]

³¹ Polibio III, 114. Tito Livio hace una descripción calcada en la de Polibio, cosa que se le pasó por alto a Schulten en *FHA* III, 74, cuando afirma: «Es interesante el dato sobre la túnica de lino de los iberos. Es el único lugar donde se describe...». Livio, XXII, 46 viene a decir lo mismo: *Hispani linteis praetextis purpura tunicis candore miro fulgentibus constiterant*.

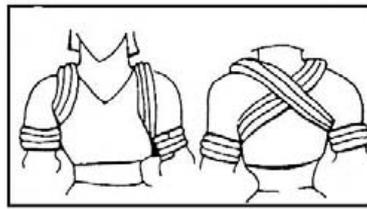


Fig. 16.— Exvoto de bronce mostrando el sistema de los llamados «cordones», según Nicolini.

lleva por delante y por detrás un pliegue de holgura, del que Nicolini se percató: «La jupe présente un sorte de faisceau de plis en éventail partant du milieu de la ceinture, destinés probablement à protéger le bas-ventre, mais aussi à donner de l'aisance à la marche»³². Ahora se ve con mucha claridad (v. gr. en el luchador con el grifo, n.º 25) cómo eran la prenda y el pliegue de holgura.

Los guerreros de Porcuna, y sólo los guerreros, llevan por encima del faldellín de la túnica otro más corto, terminado también en punta, pero sin pliegue en el centro. En los números 5 y 11 (fig. 18) parece como si las puntas llevasen unas pesas. Este segundo faldellín, muy ceñido en todos los casos, tenía evidentemente una función defensiva. Sólo en un caso, el del n.º 7, un hombre armado de espada y escudo no lleva ni este ni ningún otro de los elementos protectores de los guerreros, tal vez por tratarse de un cazador (fig. 19).

Salvo esta excepción, todos los guerreros ciñen su pelvis con esta que parece una funda de cuero, y sobre la que dejan caer, por lo regular, pendiente de su tahalí, el pequeño escudo redondo.

La protección del tórax está confiada a un conjunto de elementos bastante complejo y que pudiéramos considerar inédito, si no hubiese aparecido tiempo ha, en las estatuillas de bronce. Se trata de los llamados «cordones», algo tan frecuente en los exvotos, que Lantier llegó a considerarlo una «insignia de devoción»³⁵. Sin descartar la significación religiosa, Nicolini prefirió asignarles una función utilitaria como la de ajustar la túnica al torso³⁶. [-428→429-]

Las estatuas de guerreros de Porcuna ponen de manifiesto que estas fajas —no cordones trenzados, como en muchos exvotos— constituían un elemento fundamental de la armadura del guerrero. La pieza principal era una faja, cerrada en círculo, que se doblaba dándole forma de ocho y se ponía por la espalda, como una mochila, metiendo los brazos por los agujeros del ocho. Quedaban así a la espalda un aspa, y sobre los pectorales, unas anchas fajas que llegaban a cubrirlos del todo desde los hombros a la cintura (figs. 14 y 15). Para mantener estas ramas extendidas y firmes (no encogidas, como se ven en muchos exvotos, donde parecen haces de cuerdas, fig. 16), se hacía pasar sobre ellas una faja o correa que cruzaba horizontalmente el pecho de una a otra axila, se metía por debajo de las mismas (n.º 5, 6) y se volvía a traer al centro del pecho, cruzando los dos cabos sobre la cintura y dejándolos caer con sus remates de flecos a uno y otro lado de la pelvis. En otros casos (n.º 8, figs. 14 y 15), el tramo horizontal de este tirante, el que cruzaba el pecho, se metía por debajo de las hombreras de la pieza principal y

³² G. Nicolini: *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, París, 1969, p. 151.

³⁵ R. Lantier: *Bronzes votives ibériques*, París, 1935, p. 19.

³⁶ Nicolini: *Op. cit.*, p. 161.



Fig. 17.— *Detalle del grupo n.º 5 de Porcuna, Jinete desmontado, con espada de frontón al cinto; y en la vaina, cuchillo de rematar.*

después de sacarla por debajo de las axilas, sus extremos se llevaban por [-429→430-] delante hasta cruzarlos debajo de la placa del cinturón. En ambos casos, las anchas hombreras, de cuero o de paño grueso, quedaban firmemente ajustadas al pecho.

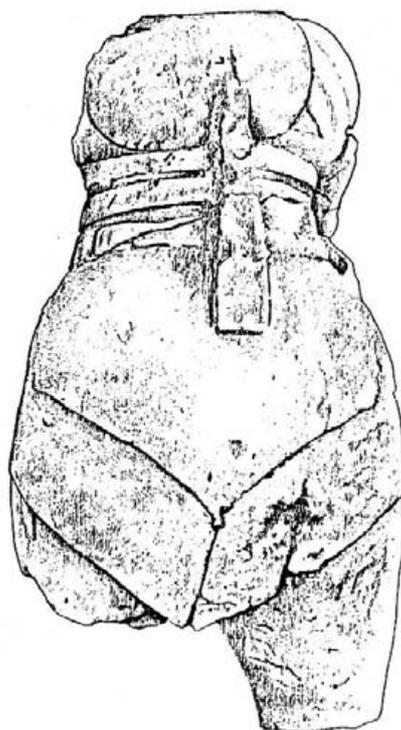


Fig. 18.— *Torso n.º 11, visto de espalda, con el extremo del penacho (no carcaj) caído sobre el cinturón, y coselete de cuero, con pesa en el extremo inferior, sobre el pliegue de holgura de la túnica. De Porcuna.*

Nicolini opinaba que los llamados «cordones», dispuestos de modo similar a la variedad documentada ahora en Porcuna y formando haces de bastante relieve, sólo se encontraban en estatuillas arcaicas, que él incluía entre las primeras producciones de la toreutica ibérica ³⁷. En efecto, indicio de que se trata de usos antiguos, dentro del mundo ibero-tartesio, es que [-430→431-] en conjuntos más recientes, como son los relieves de Osuna, donde además de las *caetrae* hay escudos de La Tène y vasos de tulipa, no aparece nada semejante.

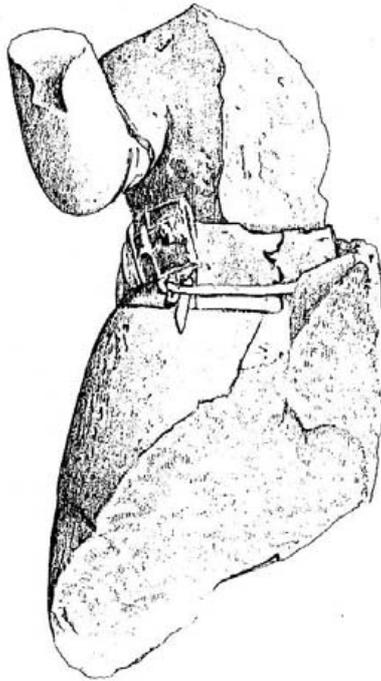


Fig. 19.— Fragmento n.º 7 de Porcuna, mostrando el broche de cinturón de tipo ibérico y la vaina de la espada corta, atada por una correa superpuesta al cinturón, con un lazo similar al del exvoto de Despeñaperros de la fig. 24.

No es preciso renunciar al uso del término «cordones», entre otras cosas porque son muchas las mujeres, sobre todo mujeres jóvenes, que los llevan, como una pieza más de su indumentaria, pero es evidente que además de ellos, aparece en Porcuna una aplicación del mismo dispositivo a lo que pudiéramos llamar coselete de fajas, o tal vez mejor, coselete de lino y cuero.

Estrabón, en el ya varias referido pasaje III, 3, 6, es la única de nuestras fuentes que menciona un artilugio que pudiera tener relación con éste. Una vez más, y para nuestra desazón, lo hace a propósito de los lusitanos. Y es [-431→432-] que al tratar de los iberos de toda la zona que va del Estrecho a los Pirineos, nuestro probo geógrafo se distrae mucho con los vestigios griegos y con Empórior, y apenas hace caso de los iberos, a quienes evidentemente considera bárbaros en vías de romanización. Es el caso que hablando de los lusitanos y de sus armas dice que algunos usan armaduras metálicas (*haly-sidotois*), pero que la mayoría son *linothórakes*, «portadores de coseletes de lino». El material es indudablemente el mismo que el de las túnicas de los iberos en la batalla de

³⁷ Nicolini: Op. cit., p. 162: «Les types... particulièrement bien représentés, le plus souvent dans un relief saisissant, sont exclusivement le fait de figurines archaïques, qui son probablement parmi les premières productions de la toreutique ibérique».

Cannas, pero la prenda no tiene por qué ser la misma. Schulten pretende salir del paso diciendo que tales corazas eran «las túnicas que llevaban todos los iberos y que en Lusitania eran de un tejido basto (en alemán, *grob*, que el traductor hispano vertió por «espeso») y capaz de proteger el cuerpo contra las armas del enemigo»³⁸. Pero ya hemos visto que a estas túnicas Polibio las llama *chitonískoi*, y Livio *tunicae*, y aun cuando ambos digan que eran de lino, ninguno de los dos las llama «coseletes»³⁹.

El adjetivo *linothórex* era un arcaísmo. Homero lo emplea una vez para calificar a Ajax Oileo (*Il.* II, 529) y otra para Anfión, hijo de Meriones, y uno de los jefes aliados de Troya; pero no sabemos qué coraza tenía *in mente*, quizá una acolchada como la que lleva el mandamás de la hueste del Vaso de los Segadores de Hagia Triada.

Mucho más adelante, reaparece el *linóos thórax* como algo típico de los persas, *epichórios en autoís*, como lo califica Jenofonte⁴⁰; pero en las representaciones de éstos no vemos nada que pueda ilustrarnos al respecto, de modo que cuando Estrabón —o su probable fuente etnográfica, Posidonio— traslada a un pueblo de la península, o a varios si la institución fue más extendida, una antigualla como esa, suponemos que hubo de hacerlo a algo tan exótico como las defensas de estos guerreros obulconenses, y no a las túnicas pretextas que realzaban el magnífico aspecto de los iberos en la formación de la batalla de Cannas.

Algunos guerreros, como el n.º 11 (fig. 18), prescindían de este sistema de protección y preferían otro, susceptible de combinarse con el primero, superponiéndolo a éste: el juego de faleras de bronce, como las llevan el caballero n.º 5 (fig. 17) y el gigantesco fragmento número 9 (figs. 12 y 13). Este sistema se impuso en Italia mucho antes de que se extendiese por Europa y penetrase en la Península, donde tenemos un primer enclave no muy [-432→433-] extenso pero bastante nutrido en las necrópolis de las cuencas altas del Duero y sobre todo del Tajo⁴¹. Uno de estos conjuntos, el de las faleras de Aguilar de Anguita (Guadalajara), procede de tumbas de incineración con urnas globulares de pestañas-asas perforadas, fechables por sus paralelos del Sur de Francia a finales del siglo VI. a. C. o como muy tarde alrededor del año 500⁴². Las faleras pertenecen, pues, a la fase antigua de la Cultura del Tajo A2 (fig. 20).

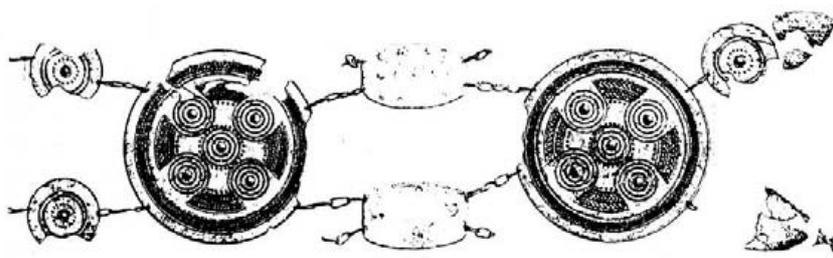


Fig. 20.— Faleras de bronce de Aguilar de Anguita (Guadalajara), en el M.A.N. (según Schüle).

³⁸ Schulten: *FHA* III, 209.

³⁹ Polib. y Livio: En loc. cit. en nota 31.

⁴⁰ Jenofonte: *Cyrop.* VI, 4,2.

⁴¹ Cf. mapa en Schüle, *Meseta-Kulturen*, Karte, 32.

⁴² Marqués de Cerralbo: *Las necrópolis ibéricas*, Madrid, 1916, lám. VII-VIII y fig. 18; Schüle: Op. cit., pp. 118, 256. Una reconstrucción incompleta del ajuar de una de estas tumbas con faleras puede verse hoy en el M.A.N.

Los tres guerreros antes citados llevan cuatro faleras cada uno: dos grandes, una como pectoral y la otra como espaldar, y dos pequeñas, una en cada hombro, unidas por anchas correas. Las piezas grandes llevaban además de los tirantes de los hombros, otros dos horizontales que las mantenían adheridas al cuerpo. Los juegos de Aguilar de Anguita se diferencian de las anteriores por sus decoraciones repujadas, por sus cadenas de unión (en vez de correas), por su mayor número y por alternar, entre las pequeñas, las de forma circular con las de forma ovalada. Es posible que la sujeción de las de Aguilar no se hiciese alrededor del cuerpo sino prolongando la línea de los tirantes hasta el cinturón. Pero aun con estas diferencias no cabe duda de que en uno y otro lado se trata de faleras para la protección del cuerpo humano, y no de arreos de caballos, aunque también éstos las llevarsen con sus propios dispositivos. [-433→434-]

En ninguna de las faleras de los guerreros de Porcuna se advierten señales de decoración, pero eso no significa que en su tiempo no la llevarsen pintada. Aunque hayan perdido sus pinturas, el editor de las esculturas no vacila en afirmar que todas las tuvieron, y que muchos fragmentos, en especial el de los cuartos traseros del macho cabrío del grupo n.º 18, conservan vestigios de pintura roja ⁴³.

En efecto, de manera más sencilla o complicada, aquí con motivos geométricos, allá florales, acullá zoomorfos, las faleras piden decoración, y los ejemplares conservados demuestran que esa petición era atendida. Las faleras de Aguilar de Anguita lo hacen en el lenguaje formal de la Meseta, más dado a la abstracción que al naturalismo, reiterando un tema muy de su agrado, el de los círculos concéntricos y el de las ruedas de círculos que se encuentran desde la coraza de Calaceite hasta el «thymiatérion» aparecido con ella y que Déchelette incorporó, recién encontrado, a su discurso sobre los cultos solares de tiempos prehistóricos ⁴⁴. La machacona insistencia en el tema, hasta en las grupas de las fibulas celtibéricas de caballito, hace creer en su significación mágica como emblema del disco solar, algo no banal sino trascendente, para sus poseedores.

Ahora vemos, con mucha más claridad que antes, que otro elemento de la Meseta, como era el juego de faleras, se trasplanta a la Alta Andalucía haciendo de ella, como ya advirtió Schüle, una provincia más de la cultura del Tajo, y en seguida tendremos ocasión de comprobar que lo hizo en compañía de otros muchos.

Una probable falera, real y verdadera, de esta provincia de Jaén la adquirió don Juan Cabré a la familia del descubridor del sepulcro de Toya. Era un disco de bronce dorado (fig. 21) de 14 cm. de diámetro, con una cabecita de león repujada en su centro ⁴⁵. Su tamaño venía a ser muy similar al de los discos grandes de los juegos de la Meseta; pero su decoración revela que hemos cambiado no sólo de época (primera mitad del siglo IV, en vez de finales del VI) sino de ambiente: nos hallamos en la culta Bastetania, a la que tienen fácil y cómodo acceso tanto los fenicios como los griegos, más dados ambos a la figuración que a la abstracción en el arte. [-434→435-]

Pero si para muestra basta un botón, habría que decir que donde culminó esta artesanía de las faleras fue en el crisol ilycitano del arte ibérico. En la Alcudia de Elche, en efecto, donde ya había aparecido poco después de la Dama, y en trabajos de Pierre París, un fragmento de estatua de guerrero —una pelvis y un muslo cruzados por la hoja de una falcata desenvainada—, encontró Ramos Folqués el torso de un guerrero, que

⁴³ J. A. González Navarrete: *Escultura...* pp. 22 y ss.

⁴⁴ J. Déchelette, «Le culte du Soleil aux temps préhistoriques», *Revue Arch.* XIV (4e serie) 1909; J. Cabré: «El thymiatérion céltico de Calaceite», *AEspA* 48, 1942, pp. 181-198.

⁴⁵ J. Cabré: en *Archivo Esp. de Arte y Arqueología*. I, 1925, p. 91, fig. 23.

podiera encajar sobre la pelvis acabada de citar ⁴⁶. A la túnica del guerrero se superpone un juego de dos faleras del mismo tamaño, lisa al parecer la de la espalda (muy destrozada) y en magnífico relieve el pectoral delantero. Las faleras están unidas por dos



Fig. 21.— Disco de cobre, de Toya (Peal de Becerro, Jaén), con cabeza de león repujada y grabada, según Cabré.

hombreras, decoradas por una alternancia de glandes, encajadas en los senos de un tallo ondulado. No sabemos si estas anchas bandas son de metal, como parece por su aspecto y por estar sujetas por clavijas, no por ganchos, o de otro material; lo mismo ocurre con los tirantes que pasan por debajo de las axilas; pero sí se advierte que el sistema de fijación de las faleras era el mismo que en Porcuna (fig. 22). [-435→436-]



Fig. 22.— Torso de guerrero, de Elche, con pectoral y broche de cinturón decorados. Elche, Museo de la Alcudia.

⁴⁶ Ambos fragmentos pueden verse en una sola lámina de A. García y Bellido: *Arte ibérico en España*, figs. 52 y 53.

El emblema del pectoral es una cabeza de frente, en altorrelieve, de ese carnívoro de fauces entreabiertas que en compañía de las águilas suele merodear por las frondas de la cerámica de Elche-Archena. En el homenaje a la memoria de Ramos Folqués, en vías de publicación, hemos tratado en particular de esa fiera a la que los franceses, para no comprometerse con el nombre de la especie, dieron el vagoroso calificativo de *carnassier*. Su identificación no es fácil. Tampoco el problema que plantea es exclusivo del arte ibérico. Jacobsthal se tropezó con él a la hora de escribir su extenso tratado de arte celta, y apeló al Gandarab iranio para explicar sus remotos orígenes orientales ⁴⁷. Y también nosotros, cada vez que tocamos el tema, nos [-436→437-] encontramos con arduas dificultades. En el presente caso, las guedejas hirsutas y las orejas puntiagudas apuntan hacia el lobo, pero no se explica uno cómo se le pudo escapar al artista el fino hocico aguzado y los ojos intensamente oblicuos del azote de los apriscos. Un mascarón muy semejante decora el escudo del relieve de la Minerva de la torre de este nombre de la muralla de Tarragona ⁴⁸, de modo que se puede sacar la conclusión de que si el animal era el símbolo de la divinidad de la guerra, bien lo podía llevar como divisa y *apotropaion* el bravo guerrero ilicitano. Cabezas mucho más pequeñas del mismo monstruo suelen servir de umbos de páteras argéneas de la región en tiempos más recientes (siglos III-II a. C.) y de remates de brazos como los de Máquiz ⁴⁹.

Por debajo del pectoral, tanto del guerrero ilicitano como de sus homólogos de Porcuna —aquí todos los hombres que llevan túnica corta, lo mismo si son guerreros que cazadores—, se encuentra un cinturón ancho, con su correspondiente placa metálica, compuesta de una pieza positiva rectangular con un solo gancho, que apenas sobresale de su placa-base, y de otra negativa, provista de una o más ventanas rectangulares para apretar o aflojar el cinturón. Estas placas solían estar decoradas con volutas y entrelazos, como lo muestra el guerrero de Elche, pero en Porcuna estarían pintadas ⁵⁰.

Aunque difundidas también por la Meseta, donde perviven hasta por lo menos el siglo III a. C. estas placas rectangulares fueron una creación del Sudeste ibérico, tomando del tipo del Acebuchal la forma del gancho y aplicándola a las placas con ganchos soldados de las antiguas fibulas tartésicas (*westandalusische*, de Schüle), documentadas ahora con cuatro ejemplares en la Porcuna del siglo VII a. C. La ornamentación damasquinada de volutas y liras delata la impronta griega, natural en esta zona del Sudeste y de la Alta Andalucía ⁵¹.

Las esculturas de Porcuna confirman el hecho de que los broches rectangulares estaban en su apogeo antes del año 400 a.C. pero no indican la fecha de su aparición. Varias décadas más antiguo era un ejemplar de la tumba [-437→438-] 11 de Galera, asociado con cerámica ática de mediados del V (fig. 23). La cratera acampanada con un niño a caballo y una Nike en el anverso, aparecida en la misma tumba, se puede fechar con mucha precisión alrededor del 440 a. C. y asignarla al Grupo de Polignoto ⁵².

La forma de la pieza positiva, con sus entrantes a los lados del gancho, se aprecia muy bien en el fragmento de Porcuna n.º 7 (fig. 19), y lo mismo una de las ventanas de la placa negativa en el torso n.º 9 (fig. 12).

⁴⁷ P. Jacobsthal: *Early Celtic Art*, Oxford, 1944, pp. 34 y ss.

⁴⁸ W. Grünhagen: «Notas sobre el relieve de la Minerva». *Bolet. Arq. Tarrac.*, 1976-77, p. 87; y *Madr. Mitt.* 17, pp. 209 y ss.

⁴⁹ M. Almagro: «Los orígenes de la toréutica ibérica», *Trabajos de Prehistoria* XXXVI, 1979, pp. 176 y ss.

⁵⁰ J. Cabré: «Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata», *AEspAA* XIII, 1937, pp. 93 y ss.

⁵¹ A. Blanco: en *Rev. Guimarães*, LXVIII, 1958, pp. 179 y ss. sobre temas vegetales griegos en la Península.

⁵² J. Cabré y F. de Motos: *Memorias de la JSEA*, n.º 25 (4 de 1918), Madrid 1920, pp. 24 y ss., lám. XIV, 2.

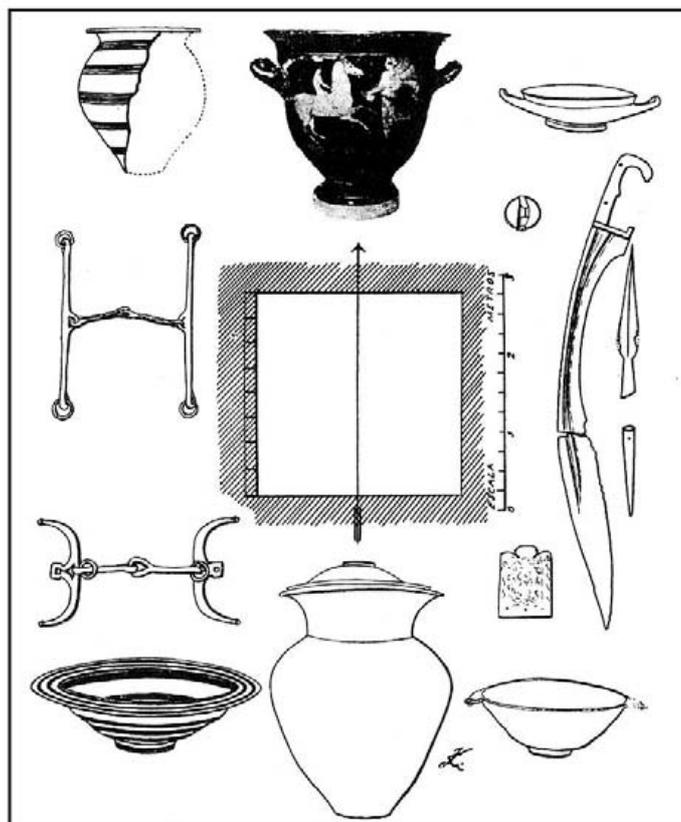


Fig. 23.— *Planta y ajuar de la sepultura n.º 11 de Galera (Granada), fechable gracias a la cratera ática de la parte superior entre 440 y 430 a. C. Entre las piezas de ajuar, una placa de cinturón rectangular, de un solo gancho. Según J. Cabré y F. de Motos. [-438→439-]*

Otro detalle nuevo: la correa ancha del cinturón parece llevar superpuestas otras tres estrechas, dos en los bordes y una en el centro, como si fueran nervios o refuerzos. Lo natural sería que estas tres correas finas fueran cosidas a la principal, pero en el jinete n.º 5 y en el torso n.º 7 se ve claramente que una de esas correas se utiliza para ceñir al cinto la vaina de una espada corta, pasando por debajo de una de sus abrazaderas. En el n.º 7 esta correa pasa por encima de la hebilla del cinturón y se ata con un lazo casi idéntico al de un exvoto de Despeñaperros, como si el dispositivo fuese muy usual entre estas gentes (fig. 24).

Entre las armas de los guerreros de Porcuna se encuentran, como no podía menos de ser, fragmentos de varias falcatas, y es probable que la vaina del guerrero n.º 10 perteneciese a una de ellas. El origen griego de este sable tan eficaz, y por ello tan difundido entre los iberos, está documentado desde hace un siglo ⁵³. Sin embargo el azar ha querido que en Porcuna la falcata esté peor representada que otras dos espadas de origen europeo, que los griegos no adoptaron ni —probablemente— los iberos de Levante tampoco: la de antenas, con sólo dos ejemplares en El Cigarralejo ⁵⁴, y la de frontón.

El origen de esta última, el origen remoto, es oriental, e incluso egipcio, pero no vino a la península por el Mediterráneo, sino por la Europa continental, de este a oeste. El más peculiar de sus rasgos —el pomo semicircular o de frontón— asume en Celtibe-

⁵³ H. Sandars: «The Weapons...» pp. 231 y ss.

⁵⁴ W. Schüle: *Meseta-Kulturen*, p. 100.

ria y en la Alta Andalucía, con su remate en forma de tejadillo, un aspecto que recuerda más a las empuñaduras del Caúcaso que a las hallstáticas, detalle que no ha escapado a la sagaz mirada de Schüle. Tampoco la alta cronología de estas espadas, asignables a la cultura del Tajo A2 en sus mismos comienzos, por lo menos las de Alpanseque ⁵⁵.

El jinete desmontado, n.º 5, (fig. 17) esgrimía una lanza en la diestra y tenía al cinto una de estas espadas cortas con su característica empuñadura de perfil romboidal. Un ejemplar del Museo de Albacete, procedente de Hoya de Santa Ana (fig. 26) aclara la forma y tamaño de una de estas espadas, que siempre aparecen incompletas por haber perdido las cachas de marfil o de otra materia orgánica. También la vaina de cuero deja como único residuo sus rebordes, sus abrazaderas y su contera arriñonada o triangular. En las tumbas, las abrazaderas sujetan a menudo el cuchillo de rematar, que [-439→440-] solía introducirse por debajo de la primera de ellas, como ocurre aquí no sólo en el n.º 5, sino también en la vaina del n.º 7 (fig. 19).

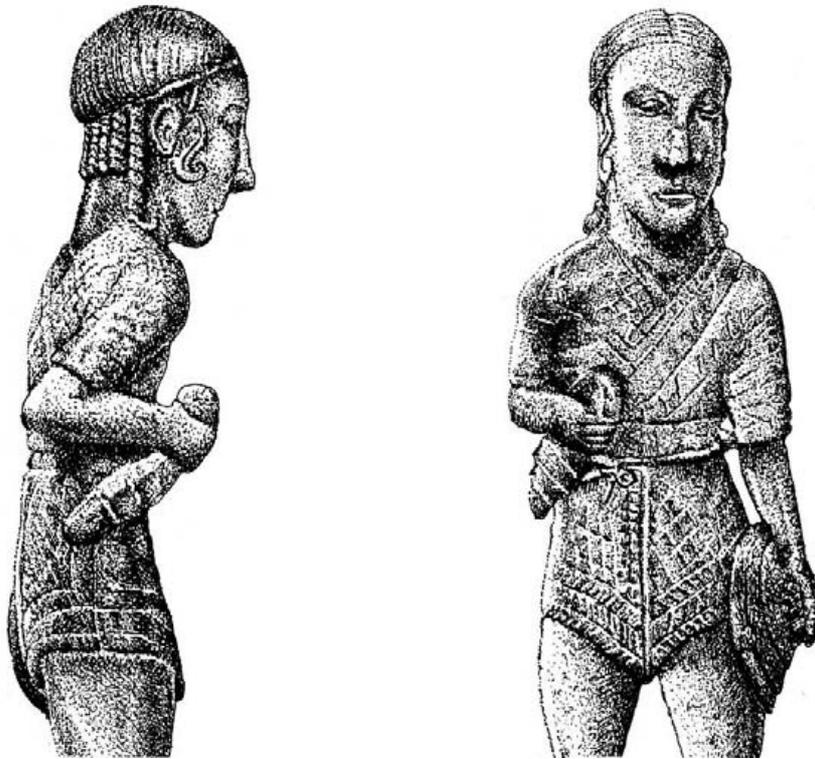


Fig. 24.— Pormenores de un exvoto de bronce de Despeñaperros en el M.A.N. Compárese el peinado con el de la fig. 14, y el cinturón, con su espada, con los de la fig. 19. Dibujos de F. J. Sánchez Palencia.

El guerrero n.º 8 (fig. 14) encierra pormenores interesantes. En primer lugar, se encuentra mortalmente herido, aunque su rostro no acusa la gravedad de su estado. Al parecer una lanza lo ha traspasado desde la derecha del cuello hasta la paletilla izquierda, por donde asoma un buen trozo de la punta, con su grueso nervio central. La punta se encuentra adosada a la espalda, como si se hubiese doblado. Esta es una de las rarezas de la «escuela»: los escultores no vacilan en deformar los objetos cuando ello significa ahorro de material y de trabajo; les basta que se entienda claramente lo que quieren decir. En seguida vamos a ver otros ejemplos de lo mismo. [-440→441-]

⁵⁵ Ibidem, p. 101.

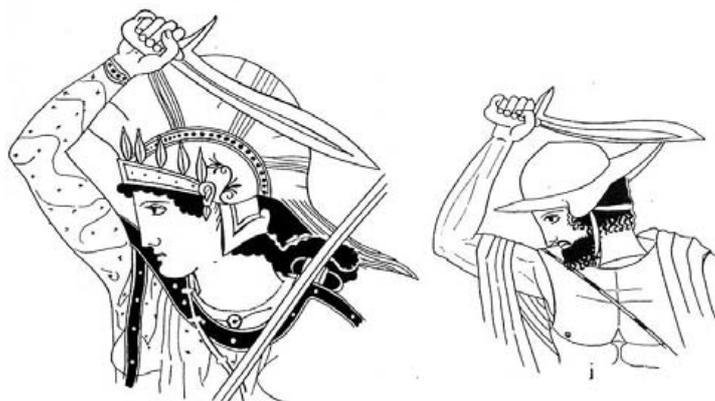


Fig. 25.— Representaciones en vasos griegos del sable llamado machaira, prototipo de la falcata de los iberos, según la obra de H. Sandars, *The Weapons of the Iberians*.

De la cabeza se conserva lo bastante para que nos percatemos de que su rostro permanecía inalterado, sin contracción ni rictus, aunque es posible que los ojos estuviesen cerrados o entornados. Sobre la mejilla cae una guedeja rizada, de modo que podemos atribuirle un peinado de tirabuzones cortos, ceñido por un cordón, semejante al del exvoto de la fig. 24.

A la cintura, pendiente de un tahalí, lleva una espada grande, provista de dos anillas en la vaina. El pomo tiene una forma arriñonada, que no se explica si no es interpretándola como una simplificación de los dos botones de unas antenas. Tendríamos así una espada corriente en la misma cultura del Tajo A2, una espada de antenas atrofiadas y hoja de perfil sinuoso. Es lástima que las guardas no se distingan, pero ello puede ser debido a su de generación, defecto que también se observa en algunos ejemplares como uno celtibérico de Osma (fig. 27).

A propósito de los escudos, tenemos que acudir una vez más al tantas veces citado pasaje de Estrabón (III, 3, 6), quien al respecto nos dice: «y usan un escudete (*aspídon*) de dos pies de diámetro, cóncavo por delante, suspendido de tahalíes, pues no tiene ni abrazaderas ni asas». El escudo griego del hoplita tenía en efecto una abrazadera (*pórpax*) en el centro y una manilla (*antilabé*) en el borde, de modo que cuando Estrabón dice que el escudito ibérico no tiene ni *pórpax* ni *antilabé*, tiene razón. Pero no del todo, pues además de las anillas de suspensión, la pequeña rodela ibérica tenía una asa, [-441→442-] a la que no se puede llamar *antilabé* porque no ocupa el lugar de ésta en el escudo griego, pero que es una manilla al fin y al cabo.

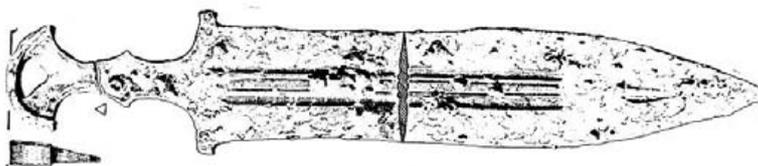


Fig. 26.— Espada de frontón, de Hoya de Santa Ana (Albacete).



Fig. 27.— Espada de antenas atrofiadas, de Osma (Soria), las dos según Schüle.

Los números 5 y 6 muestran sus escudos en muy buen estado, pero por el interior, por el lado convexo, por donde vemos los cuatro o los tres discos superpuestos de que se compone. También vemos los tahalíes y las asas, pero en éstas los escultores, una vez más, nos escamotean la realidad, pues en el estado en que han llegado a nosotros esas asas son imposibles. Observemos al guerrero n.º 6 (fig. 28). Su escudo tiene un hoyo circular en el centro, cruzado por el asa, y a los lados sendas anillas a las que se sujetan las arandelas del tahalí. Anillas sueltas parecidas a esas (pero no tan gruesas) las encontró el Marqués de Cerralbo en numerosas ocasiones y las explicó como soportes de escudos de este tipo ⁵⁶, pero tales anillas no aparecen nunca al lado de una asa, de modo que lo que aquí vemos es un imposible, pues el asa formaría parte del umbo de metal, que se encuentra por el exterior del escudo, pero no por dentro. La realidad es que el asa tenía en cada extremo un pie de forma triangular, que no sólo permitía sujetarla a ella y [-442→443-] ponerla como puente del hueco para la mano del guerrero en el centro de la convexidad del escudo, correspondiendo al umbo metálico que éste llevaba por su exterior (el cuerpo era de madera y a juzgar por el espesor que tiene la *caetra* del n.º 7, de un grosor considerable), sino que además llevaba las anillas de las arandelas del tahalí. De modo que en Porcuna, a diferencia de lo que sucede en un relieve de Elche, los escultores se conformaron seguramente con pintar los pies de las asas dando con ello lugar a que una vez perdida la pintura, no se comprenda el dispositivo. Una asa del castro de las Cogotas nos permite ver cómo era ésta en realidad (fig. 29).



Fig. 28.— Estatua del guerrero n.º 6 de Porcuna.

La medida de dos pies de diámetro que nos da Estrabón parece más propia de un *hoplón* griego que de un *aspídon* hispánico. Dos pies son casi sesenta centímetros, y la realidad de las *caetrae* anda más bien por los cuarenta. Los iberos del ejército de Aníbal ya no usaban *caetra*, sino un escudo [-443→444-] alargado (*thyreós*) muy parecido al de los celtas —dice Polibio—, cosa que no ocurría con las espadas de unos y otros, com-

⁵⁶ Cf. referencias en Schüle: *Meseta-Kulturen*, p. 121.

pletamente distintas ⁵⁷. Es posible que en tiempos de Posidonio, hacia el 100 a. C., sólo los lusitanos conservasen la *caetra*, de donde el error de Estrabón de creerla propia de ellos. En los relieves de Osuna y de Estepa se ven *caetrae* y *scuta*.

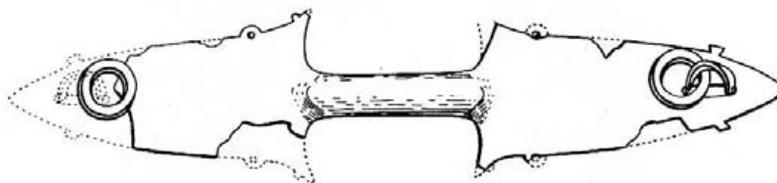


Fig. 29.— Asa de hierro de una *caetra*, del castro de Las Cogotas (Ávila), según J. Cabré.

Otra obvia licencia de los escultores de Porcuna es ceñir en algún caso los escudos al cuerpo como si fuesen de piel flexible. Lo mismo hacen con las vainas y si a mano viene, con las espadas y lanzas, según acabamos de comprobar.

La lanza que traspasa al infeliz n.º 8, la falcata clavada en el pecho del n.º 44, indican que los guerreros estaban en lucha unos con otros, no amagando el golpe como hacían los tiranicidas del ágora de Atenas. Uno de los grupos se conserva en parte con su propia peana (n.º 12); eran dos combatientes, uno de ellos caído y con un profundo tajo en el hombro, como producido por la punta de una espada: *punctim magis quam caesim adsuetus petere hostem*, dice Tito Livio del espadachín ibero a continuación del pasaje citado poco ha (nota 57).

El jinete n.º 5 acaba de apearse de su caballo, un animal nervioso que estaba representado levantado de brazos. A un intelectual y estratega como Polibio le escandalizaba el proceder de la caballería ibérica y céltica, que en vez de maniobrar con orden y sentido táctico, batallaba de un modo «enteramente bárbaro, pues en vez de evolucionar conforme a las normas establecidas, apenas iniciada la refriega, desmontaban de sus caballos y se enzarzaban en luchas cuerpo a cuerpo» ⁵⁸. No puede haber mejor ilustración para Polibio que este grupo n.º 5 de Porcuna. [-444→445-]

Por desgracia, no sabemos quiénes son los combatientes, ni distinguimos bandos entre ellos, pues sus vestidos y sus pertrechos no bastan para establecer diferencias claras. Tampoco sabemos si se trata de una batalla de soldados o de una lucha de gladiadores o incluso de una pugna mítica, con héroes y hasta con dioses. Todo ello cabría en un heroon o en el monumento a una gesta. Baste recordar los funerales de Viriato y las luchas en honor del héroe. También aquí en Porcuna hay un altorrelieve de dos luchadores que forcejean como en una palestra, cada uno tratando de derribar a su adversario (n.º 24).

Pese a la homogeneidad del estilo, y a la unidad de la indumentaria y del armamento, ignoramos si las figuras mayores se deben agrupar con las menores, y en caso afirmativo, a qué obedece la diferencia de tamaño. Diferentes tamaños y aplicaciones (estatuas, relieves) eran corrientes en los mausoleos de Jonia, e incluso en la Grecia continental tenemos en Egina estatuas de Atenea mucho mayores que los guerreros acompañantes, y lo mismo en los frontones de Olimpia. No será fácil encontrar solución a estos problemas, por lo menos ahora y con lo que ahora tenemos.

Lo único que parece seguro es la fecha de mediados del V. a. C.

⁵⁷ Polibio III, 114, de donde Livio XXII, 46,5: *Gallis Hispanisque scuta eiusdem formae fere erant, dispares ac dissimiles gladii...*

⁵⁸ Polib. III, 115.